

La rebelión de los guanacos

Una mujer aonikenk llamada Amakáik y su marido vivían con su comunidad en paz. Su marido salía a cazar, cazaba guanacos, peces, ñandús entre otros. Ella cuidaba a los niños, recolectaba y armaba las chozas.

Un día ella estaba recolectando calafate cuando un árbol de lenga le habló y le dijo que "algo malo iba a pasar". Ella fue con su comunidad y les contó lo que le había informado el árbol, pero ellos no le creyeron. Le dijeron que no se preocupara porque ahí estaban seguros. Al otro día ella fue a recolectar, pero ahora el que le habló no fue un árbol de lenga si no un arbusto de siete-camisas que le dijo:

-Ten cuidado Amakáik, que algo malo pasará. Lo presiento, se siente en el aire.

-Pero ¿qué puede pasar? si los hombres dicen que estamos seguros -dijo ella.

Al otro día no la despertaron los ruidos de los pajaritos, si no los escupitajos de los guanacos. Los hombres salieron a combatir.

-¿Que está pasando?" -quiso saber Amakáik.

-Los guanacos se están revelando.

-¿Los guanacos?! -preguntó.

-¡Si! y nos están ganando.

Los animales derrumbaron las chozas y se comieron los frutos. Un hombre le pegaba y el guanaco lo escupía y lo tiraba. Cuatro Aonikenk quedaron graves, y dos muertos. Y en el caso de los guanacos un muerto y cinco graves.

Después de días de batalla, ellos llegaron a un acuerdo: si los Aonikenk los dejaban de cazar, ellos los dejarían en paz. Y así los guanacos con los Aonikenk se hicieron buenos amigos.

Rocío Ailén López Vela-Ruiz